





# Moviendo la Ley Universal



Luis Alberto Ceruto Santander

# Moviendo la Ley Universal

Ediciones Rosacruz, S.L.



Ediciones Rosacruz, SL  
Apdo. de Correos 199  
08140 Caldes de Montbui  
Barcelona (España)

© de la Orden Rosacruz AMORC  
Gran Logia Española

ISBN: 978-84-95285-41-6  
Depósito Legal: B-16620-2012  
Impreso por: Publidisa  
Primera Edición: Abril 2012  
Barcelona (España)

Colección Espiritualidad

[www.edicionesrosacruz.es](http://www.edicionesrosacruz.es)  
[info@edicionesrosacruz.es](mailto:info@edicionesrosacruz.es)

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

*«Hay dos cosas que me sorprenden sobremanera:  
el cielo estrellado por encima de mí,  
y la Ley no escrita dentro de mí».*

Emmanuel Kant (1724 - 1804)  
Filósofo Alemán

Las ideas y opiniones expresadas en la presente obra corresponden exclusivamente al pensamiento de su autor y pueden no representar la postura oficial de la AMORC.

## INTRODUCCIÓN

«*Ab initio*», la causa primera, desde la inconcebible profundidad de la nada, desde la inercia en despegue inminente, desde la potencialidad esencial pronta a desplegar el acordeón infinito del tiempo, la Unidad manifestó su decreto creador y produjo el movimiento arrollador de la realidad perceptible.

Dios, en su definición indefinible, el supremo sustantivo que es la única entidad de todo lo que existe, pronunció el Verbo, la acción (la gramática aquí toma sentido literal), y su vibración manifestó el Cósmico y éste se depositó sobre la esencia increada cuyas diferentes tasas de resonancia formaron la materia en toda su diversidad.

Así la Ley del Universo imperó sobre todo lo creado poniendo orden en el caos y ajustando el metrónomo universal a su propia tasa, y permitiendo que la gama de frecuencias que representamos con el teclado cósmico se expresara en matices infinitos. Las vibraciones se condensaron y formaron cosas tan simples como una partícula inanimada o tan complejas como un ser inteligente e iluminado, el ser humano, garante del concepto divino destinado a aprender a pulsar las cuerdas del arpa universal y, desde su ínfima pequeñez, premiado para mover conscientemente la Ley de la cual forma parte.

Por eso cuando emprendimos este trabajo bajo el temerario título de «*Moviendo la Ley Universal*», lo hici-

mos convencidos de que nada pretencioso intentábamos, sino ejercer con derecho nuestra condición de instrumentistas cósmicos para ser partícipes del movimiento universal, por nuestro bien y el de los demás.

Habitamos un Universo ordenado, de cuya existencia tenemos conciencia, así como de su ordenamiento, pero llamamos «*Caos*» a aquel orden que no logramos apreciar porque su dimensión trasciende la capacidad de concebirlo en nuestra mente. Este Orden Universal obedece a una única e inmutable Ley. Formamos parte de esa Ley como una gota de agua forma parte del océano, es decir, sin percatarnos de nuestra participación en el todo. Sin embargo, por momentos distinguimos alguno de los comportamientos particulares del Universo, que suceden en aspectos particulares de la vida y es esto lo que reconocemos como leyes, aunque realmente se trata de ramales de la única ley, la Ley Universal.

El desarrollo de la civilización a través de los siglos ha demandado su interpretación de orden para regular las relaciones entre los seres humanos. Los legisladores diseñaron reglas de conducta en cada época de la historia acorde a principios morales y de buenas costumbres, con el objetivo de imponer un orden civil en el entonces caótico mundo profano. Hoy la legislación moderna admite en cada país civilizado una ley suprema llamada Constitución (Carta Magna, Ley de Leyes), pero también existen leyes particulares para distintos aspectos del funcionamiento de la vida. Así, este instrumento creado por el hombre emula la armonía de las leyes naturales, y vemos una vez más cumplida la sentencia hermética: «*Así como es arriba, es abajo*».

Las leyes universales se expresan a través de su propio movimiento. Y llamamos movimiento a todo proce-

so del que siempre resulta un efecto, es decir, a cualquier acontecimiento cósmico en el que se hace manifiesto un resultado, aún cuando no sea perceptible a nuestros sentidos limitados.

Si bien la gota de agua, por sí misma, no puede ocasionar marejadas a menos que una fuerza externa le imprima el impulso inicial, no ocurre igual con el habitante supremo del planeta, el hombre, que goza de voluntad y arbitrio para provocar este impulso e incluso dirigirlo a un destino deseado, siempre y cuando fluya acorde con la Ley Suprema y no pretenda nadar a contracorriente en el océano cósmico.

El estudiante de misticismo aprende a fluir con la Ley Universal y a tomar conciencia de su participación en ella, a la vez que se entrena, por así decirlo, para utilizar sus recursos psíquicos para provocar estos movimientos, en su propio interés, o en el de otros.

Los recursos o herramientas místicas de que disponemos, no son una novedad para un estudiante de misticismo, sin embargo el uso correcto de la *técnica espiritual* requiere de práctica para adquirir la destreza necesaria. De nada sirven años de estudio dedicado y sesiones de ejercicios espirituales si no utilizamos cotidianamente los conocimientos aprendidos y no los incorporamos a nuestra vida diaria, en sus pequeños detalles. Además a falta de oficio se malogra el talento, de manera que si no aplicamos lo aprendido, olvidamos lo fundamental y en el preciso momento en que lo necesitamos en circunstancias urgentes, apenas recordamos vagos detalles para al final enterarnos del todo de nuestra torpeza. Luego, una gran mayoría de veces, atribuimos el fracaso a la inconsistencia de la doctrina y no a nuestra propia ignorancia.

La forma de utilizar la Ley, es decir, de impulsar, imprimir y provocar cambios sobre el Universo mediante nuestra intervención activa, es posible a través de los recursos que nos son propuestos en los estudios místicos y espirituales de la Orden Rosacruz AMORC. En los próximos capítulos de este libro intentaremos mostrar aplicaciones prácticas de estas herramientas místicas, utilizadas de forma operativa para lograr un efecto determinado. Si bien, recrearemos la esencia fundamental de cada procedimiento, cada uno lo matizará y enriquecerá con su experiencia individual y lo aplicará de acuerdo a su particular intención, desarrollo o merecimiento y de ello dependerá también el resultado. Por supuesto, esta obra no pretende develar secretos ni profanar misterios, sino únicamente aproximar y alentar al lector a la aplicación práctica de aquellos conocimientos que constituyen poderosas herramientas cuya utilización eficiente permite obtener resultados inmediatos, recursos místicos disponibles hoy en las enseñanzas rosacruces y que forman parte de la herencia que la AMORC ha recibido de los iniciados del pasado.

# CAPÍTULO I

## **Moviendo la Ley a través de la palabra.**

El poder de decretar.

La palabra es un instrumento de poder incalculable porque hay una Ley Universal que en ella se cumple.

En la palabra se unen con eficacia dos elementos que constituyen una bipolaridad. Así pues, el elemento intangible, la idea, de alta tasa vibratoria y por tanto de polaridad positiva, brota en el cerebro un instante antes de su contrapartida tangible, la palabra. Ésta, de polaridad negativa, está constituida por el aire impulsado al atravesar las cuerdas vocales. Es decir, ambos polos de la manifestación se conjugan secuencialmente en un tiempo mínimo y como resultado se obtiene ese sonido articulado que llamamos palabra.

Toda palabra se precipita y arremete sobre el universo y provoca en él un movimiento de la Ley en su acción creativa. Y así nace, con toda la fuerza de un flamante generador bipolar, que ejerce con potencia el poder de decretar que la palabra en sí misma contiene.

La frase bíblica «*en el principio era el Verbo*», no se puede atribuir a una redacción casual ni a una metáfora rebuscada, es más bien una declaración literal de la capacidad creativa de la palabra generando al universo. Tampoco

es casual que el hombre sea el único poseedor de la palabra articulada, ya que es un don divino exclusivo, un atributo superior para el producto supremo de la creación. Para su bien, o para su mal, el ser humano es esencial e inevitablemente locuaz.

Subestimamos con demasiada frecuencia la fuerza de la palabra, disipamos y disparamos energía verbal sin conciencia ni control, desbrozando u obstaculizando nuestro camino por la vida, sin percatarnos de la Ley que ponemos en movimiento, ni de su potencia.

Un estudiante de misticismo aprende los atributos de la palabra desde sus primeras lecciones. Las escuelas de ocultismo, a través de la historia, se han esmerado en develar precozmente los misterios de la palabra incluso en el neófito, y esto por una razón bien clara: apenas se comienza a entrenar la mente, a expandir el aura y a armonizar y potenciar las energías espirituales, la palabra adquiere en él un poder considerable. Una herramienta tan poderosa en manos inexpertas justifica el porqué de la premura en aportarle conocimiento suficiente y advertirle sobre su correcto uso.

Palabras repletas de fuerza salen cada día de los labios de una madre, cuando bendice a su hijo, al dejarle en la puerta de la escuela. Un torrente de energía se emite al decir frases como «*buen viaje*», «*buena suerte*», «*que Dios te acompañe*», «*que te mejores pronto*», «*que tengas felices sueños*», «*que Dios te de salud*», «*buenos días*», etc. Esto es también bendecir (bien-decir). Cuando pronunciamos estas frases comunes, estamos además utilizando nuestra energía en favor del prójimo, para facilitarle el sendero que está a punto de recorrer, y por lo tanto es una forma de dar desinteresadamente.

Cuando decimos «*gracias*», nos sintonizamos con un sentimiento de aceptación, de buena fe, por algo que merece nuestra gratitud. Al pedir disculpas, transmitimos vibraciones de humildad, de sincero reconocimiento por un error cometido y el deseo explícito de subsanar los daños causados.

Sentimientos de compasión se propagan cuando decimos: «*lo siento*», «*te acompaño en tu dolor*», «*cuenta conmigo para lo que necesites*», «*que sea para bien*»...

Todas las frases que hemos recopilado, a modo de ejemplo, son cápsulas de energía que se han heredado, no por gusto, de generación en generación, ya que su propio carácter les impone casi «*vida propia*» y han trascendido a través de los tiempos, aunque en términos exotéricos hablemos de normas de buena conducta o de urbanidad. Tan poderosos decretos forman parte de la educación formal, así la llamamos, sin embargo, más allá de la forma, con ingenuidad estamos provocando intensos movimientos de la Ley, en favor de otros. Este recurso de poder está disponible y en uso constante por todos los seres humanos, por lo general sin conocimiento de las fuerzas que se mueven detrás. Por esta razón hemos elegido como primer capítulo, la palabra, para iniciar este libro.

De la misma manera una palabra puede ser tan peligrosa como un arma de fuego en manos de un niño, en tanto su abuso o uso inadecuado puede propiciar situaciones no deseadas. Sobre todo cuando se trata de emitir un juicio, realizar una advertencia o una crítica, pronosticar un evento o dar un consejo. Como dijimos antes, la palabra es bipolar, y cuando la polaridad negativa predomina se produce también un efecto de sugestión, es decir, se interpreta su significado en forma literal, se asume como verdad, e inconscientemente se toman decisiones que provocan el lla-

mado «*Síndrome de Pigmalión*», es decir, la profecía autocumplida. Por otra parte, como ya hemos comentado, existe el aspecto sutil de la palabra, aquel de altas vibraciones y de polaridad positiva que tiene verdadero poder creador, más allá de la simple sugestión. Hay una cita clásica que reza así: «*Para cada persona hay cinco o seis palabras que la destruyen*». Algo de cierto existe siempre en el dicho popular.

El neófito dispone de la palabra como primer instrumento de poder, aunque todavía no tenga otras herramientas y como en definitiva se trata de una misma energía, ya que sólo es cuestión de polaridad, el inexperto con poder de decreto debe ser advertido para que pueda evitar sentencias de malos presagios que, aún cuando no se hacen con mala intención, causan efectos nocivos o desagradables, ya que sin quererlo puede maldecir (mal-decir). Ejemplos de esto hay muchos: «*te vas a matar*», «*a que te caes*», «*vas a enfermarte*», «*suspenderás el examen*», «*se burlarán de ti*», «*no podrás lograr eso jamás*» «*eso nunca lo alcanzarás*», «*te va a atropellar un coche*»...

No vale la pena rebuscar en lenguas extintas pretendiendo encontrar el abracadabra, ni esperar a poseer, a la primera, la gran palabra mágica, plena de poder, recibida en un complicado ritual iniciático, puesto que esos poderosos sonidos, en ocasiones ininteligibles, sólo manifiestan su máxima potencia cuando son aprehendidos y se asientan en la profundidad del ser mediante la disciplina y el estudio sistemático, y esto es un proceso lento y no adquirible por cualquiera, porque entre otras cosas requiere ser merecedor. Las personas no iniciadas, aún cuando carecen de ese conocimiento, están en posesión de la palabra, la palabra común, la coloquial, la poderosa palabra cotidiana. Ella es generadora de movimiento y también hay que cultivarla para modular su energía y dirigirla constructivamente. En

el estudiante de misticismo la potencia se multiplica, pero ahora con conocimiento de causa, por esta razón, tiene el derecho y el deber de utilizarla con mesura y con nobles propósitos.



## CAPÍTULO II

### **Moviendo la Ley a través de la visualización.**

Dibujando sobre el lienzo mental.

El pensamiento contiene un devenir constante de imágenes que ocupan cada una un instante en la conciencia cuando se hacen «*visibles*» en la pantalla virtual de la mente. Este proceso es incontenible, bien sea estando despiertos o cuando soñamos; sólo cesa durante el llamado «*sueño lento*» que se corresponde con la fase profunda del ciclo normal. Esta secuencia interminable de instantáneas que se suceden espontáneamente sin orden ni jerarquía, constituyen un elemento imprescindible de lo que comúnmente llamamos pensar.

En el acto de recordar, evocamos imágenes almacenadas en el cerebro, unas veces con intención y otras a consecuencia de un estímulo evocador, en este caso las secuencias aparecen organizadas más o menos cronológicamente, conformando algo parecido a trozos de una película.

Hay situaciones en las que por un acto de la voluntad generamos imágenes nuevas, casi siempre partiendo de otras almacenadas en el banco de imágenes cerebral. A esto lo llamamos imaginación y constituye una función mental superior, pues se trata del germen del pensamiento creador. Esta facultad es esencial en lo artístico, tanto en su aspecto